

Seminario CADEP
19/Noviembre/2004
Genoveva Ocampos

Comentarios a:

“Movimientos Campesinos frente a la Situación Agraria”, Beverly Nagel

“Etnicidad y Nación: grupos indígenas y la transición a la democracia”, Richard Reed

Itanaramí, el referente de campo para Richard Reed, es una de las 91 comunidades indígenas de Canindeyú, conformada casi en su totalidad por Ava-guaraní. Consultamos el nuevo Atlas de la DGEEC para actualizar datos y nos encontramos que en el 2002 fueron censadas 62 viviendas y unas 287 personas, de las cuales 150 con menos de 14 años. También se registra un promedio de dos años de estudio y sólo el 52% de las personas tienen partida de nacimiento. La comunidad situada a 8 Km. de Villa Igatimí, capital del distrito del mismo nombre, cuenta con local escolar y puesto de salud.

El ensayo de Richard Reed nos invita a rescatar esa dimensión política y de cultura política que aún sigue siendo abordada de manera muy superficial o sólo es tenida en cuenta tangencialmente en nuestros análisis, porque ahí radican muchos de nuestros males y pa'as (enredos). El análisis trata de explorar los cambios habidos, especialmente en la arena política-electoral, y lo que significarían esos cambios para las comunidades indígenas.

Y encontramos varias ideas/hipótesis sugerentes en el texto. Los indígenas “se adaptaron al colonialismo, dictadura y gobiernos autoritarios, hoy día las oportunidades democráticas generan nuevas presiones”..., “la retórica democrática ofrece nuevas posibilidades en reemplazo de las certezas políticas de antes”. Sin embargo, no es claro cuáles serían esas nuevas “oportunidades” y cabe preguntarse también que tan evidentes o válidas eran las “certezas políticas” de antes...

Por otro parte se constata que “la diversidad étnica se acompaña de conflictos sociales... las relaciones interétnicas son también problemáticas, cuando coexisten diferentes lenguas”, y eso “no facilita una identidad indígena común”. Esto es algo relativo, ya que ahí dónde hay oportunidades de interacción y dialogo entre etnias indígenas sorprende el recurso al español, fenómeno que se observa en el Chaco. Por cierto que más allá de la diversidad, es de suponer que el denominador común entre

etnias sería su exclusión del modelo imperante de crecimiento, de las políticas públicas y de la democracia representativa, dónde ellos por ser minoría y dispersa no son tenidos en cuenta como bien lo ilustra el texto que se comenta.

El Régimen Autoritario/Dictatorial.

Para los indígenas fue una “bendición y maldición al mismo tiempo”. El sistema caudillista dominante, transforma las relaciones “personales” en clientelares, generan dependencia e intercambios de tipo más bien simbólicos: lealtad del cacique a cambio de reconocimiento y, con suerte, legalización de tierras. Las comunidades mantienen un “perfil bajo”, o quizás la automarginación sea en algunos casos una estrategia de sobrevivencia, mientras que la política de “asimilación” se impone.

Eran los tiempos en que se apostaba a “transformar” al indígena, ya sea a través de misioneros que “civilizan” a los nativos por encargo del dictador (Chaco) o “integrándolos” en programas de desarrollo destinados en mayor medida a campesinos y esto en tanto productores de tabaco y algodón (Este).

Hoy día estas iniciativas subsisten de alguna manera y sin logros evidentes más que la división, la desconfianza y los fracasos de proyectos productivos mal orientados por técnicos mal formados en las escuelas de la modernidad. El último Censo 2002 registra 91 misioneros en Canindeyú y los componentes para indígenas de los programas de desarrollo (PRODECHACO/PARN/Caminos, etc.) requieren aún ser evaluados y socializados, para entender al menos porqué las cosas no se dieron como planeadas y no recaer en los mismos errores.

Los problemas básicos hoy al igual que ayer siguen sin solución. Se menciona con acierto que la expansión de la agricultura comercial y de la ganadería disminuyó la autosuficiencia alimentaria de las comunidades indígenas, además la changa escasea y la deforestación masiva aísla a las comunidades y compromete su supervivencia.

Las tierras indígenas siguen siendo “tierras de nadie” como en tiempos de la colonia; sus derechos consuetudinarios no siempre fueron respetados, en el mejor de los casos se llegó a legalizar un mínimo para salvar las apariencias, ni siquiera el mínimo legal. Hoy día también prosperan los conflictos de tierras indígenas/campesinos.

Y sin embargo, los indígenas llegaron a ser por esas extrañas vueltas que da el destino, los “hijos predilectos” de un régimen que actuó con mano dura en tiempos de guerra fría. Campesinos, líderes sindicales, incluso indigenistas fueron atacados, reprimidos y obligados al exilio. Los caciques sin embargo, hacían antesala en el Ministerio de Defensa, con ello la dictadura demuestra su pre-ocupación por los indígenas y busca recuperar su imagen ante foráneos, que era lo que en realidad importaba.

Según Reed, a fines de los 70s, el 80% de las comunidades en el Este del país disponían de tierra o las mismas fueron al menos reconocidas. Los datos que arroja el último censo indígena no son tan optimistas, aún hay déficits y las soluciones son más difíciles y costosas, en relación a 30 años atrás. En Canindeyú, de las 91 comunidades registradas, sólo el 51 o el 59% tiene “aseguradas” sus tierras. También las divisiones internas o el crecimiento poblacional pueden recrear nuevas comunidades, lo cierto es que hay una política de aseguramiento de tierras y procedimientos que aún falta elaborar para que el Estado garantice tierras a los indígenas.

Y qué pasa en tiempos de construcción de democracia?.

Al frente del INDI ahora hay civiles ya no militares, pero la gestión no prospera con los fluctuantes incrementos de presupuesto. En tiempo de Rodríguez la burocracia se infla, mientras que en tiempos de Wasmosy es el precio de las transacciones de tierras lo que se infla y los perjudicados son por supuesto los mismos indígenas. Se reduce la posibilidad de aseguren más tierras o de generar más recursos de cooperación para estos fines. La política y los procedimientos fallan, escasea la transparencia y la idoneidad en el cargo, la corrupción aflora en distintos momentos y esta vez es documentada, pero todo queda impune. El gobierno no tolera la menor crítica y son las ONGs las que van a parar al banquillo de los acusados, el mundo del revés...

Con las reformas electorales y nuevas instancias como la Secretaría de Asuntos Indígenas en algunas nuevas gobernaciones, el indígena se vuelve en teoría un elector, pero las opciones no son evidentes aunque el espectro de candidatos se diversifica. Ellos siguen votando ritualmente y en Igatimí al menos la opción sigue siendo la tradicional, aunque en el 93 una comunidad se atreve a optar por el bando contrario.

Pero se sigue ignorando de manera algo burda a los indígenas, el itinerario de los candidatos no incluye a las comunidades dispersas ni sus necesidades son incorporadas a programas de gobierno y, cuando un maestro de escuela llega para enseñar sobre el cómo votar, el ejercicio es

rápido y ya viene algo fraguado. Todo esto genera según Reed mayor confusión y cinismo que en tiempos de Stroessner. A cambio del voto ya no hay siquiera promesas, sólo carne arrojada desde un camión en víspera de las elecciones; es de suponer que este tipo de escenas de surrealismo patético no asegura lealtades menos aún compromisos pero sí desprecio o rabia y resignación.

Reed sostiene que la población ve el cambio político con preocupación, o sea que el conservadurismo se impone... pero habría que preguntarse qué puede ofrecer la política partidaria dominante cuando el debate no es la regla y los programas o no existen o curiosamente se asemejan unos de otros. Es de suponer que la prebenda también pierda terreno, o al menos no asegure adhesiones primarias; pero no nos hagamos ilusiones, los hábitos no se mudan de la noche a la mañana. Aunque cuentan que en una última contienda interna partidaria volanteaban plata pirirí, de a 100 mil...pero ese candidato perdió, por suerte.

El caudillismo tradicional pierde fuerza según Reed, puede que asuma otros ropajes también, y lo que se instaure es una suerte de “vacío de poder” en un contexto cada vez más fragmentado, empobrecido y sin rumbo, todo esto es potencialmente conflictivo. Las voces indígenas no logran hacerse oír cuando el simple ruido mediático electoralero se impone en ausencia de diálogos y contenidos programáticos viables, creíbles.

Con la democracia representativa los ava-guaraníes se encuentran rodeados de voces diversas, muchas veces mezquinas y antagónicas: campesinos, ganaderos, industriales de la madera cuando no del rollo tráfico, agroindustrias y brasileros, se suman ahora a los escasos funcionarios en terreno.

Ni las políticas neoliberales ni la sui géneris transición que nos toca en suerte, es el mismo partido de raigambre autoritaria el que la lidera, contribuyen a imponer un cierto orden, o un nuevo orden más allá de las apariencias y discursos. El Estado tiende a “encogerse”, dice Reed, “deviene poco importante en asuntos regionales” y también locales hay que agregar, y esto se traduce en lo que ayer llamaban la “retracción de los derechos sociales”, o sea la incapacidad de los gobiernos de turno de asegurar derechos básicos a una población creciente de indígenas y campesinos excluidos del progreso, que hoy día también debemos redefinirlo, redimensionarlo, contextualizarlo y en ciertos casos descartarlo.

Los derechos indígenas no son una preocupación sentida a nivel local, tampoco hay muchos “otros” dispuestos a reivindicarlos. Y la disyuntiva no

es precisamente entre etnia y nación o en todo caso también tenemos que preguntarnos como re-construir una nación a partir de sus fragmentos o parcialidades....o intereses diversos y divergentes.

Tampoco se trata de que los indígenas actúen como bloque o aspiren al poder en el sentido tradicional del término... Cuando la democracia se vacía de contenido, pierde su capacidad de incidir en el gobierno, en la política económica en primer lugar, habría que preguntarse cómo se construye poder de incidencia en la cosa pública, en la gestión pública del desarrollo, y eso preservando la propia identidad y modos de ser.

Y es de suponer que el reconocimiento de la alteridad, del otro, debe conducir a políticas específicas, adecuadamente focalizadas, diferenciadas; la llamada discriminación positiva puede funcionar en tiempos de déficit fiscal y esto tanto para el caso de indígenas como de campesinos.

El campo social es un terreno sensible, y los fracasos en términos de políticas y programas y proyectos que den contenido a la democracia participativa también. Es la gestión de la cosa pública la que debe ser revisada, sopesada, desgranada en diferentes ámbitos e instancias, ya no hay tiempo que perder, los libretos abundan y la confusión también.

Y tengamos presente que el problema central es de institucionalidad, de capacidades y modos de hacer o crear alternativas y ajustes a lo que definitivamente no funciona. Los bloqueos existentes se deben a que no se asumen responsabilidades en el diseño y ejecución de iniciativas pasadas o en curso, no hay credibilidad en las autoridades y las mediaciones están en crisis, todas, incluidas las eclesiásticas (i.e.caso paí Rubio), el mea culpa no es algo que surgirá espontáneamente.

Beverly Naguel nos recuerda que las condiciones de vida y de existencia campesinas se deterioran, y el diagnostico es certero en esos aspectos que guardan relación con el desarraigo, la pobreza, la destrucción ambiental y la falta de oportunidades de empleo para una población creciente y cada vez más exigente. La cuestión política aquí se insinúa en el texto, guarda relación con la construcción de actores sociales, que también hoy día son ignorados, cuando no denigrados.

Queda por hacer aún un balance crítico de nuestra transición, no es este el momento, sólo me dieron la oportunidad para comentar la visión de nuestros amigos del norte y agregar algo de la propia cosecha. Y como dice Beverly Naguel lo interesante es que la aquí la crisis agrícola tiene un impacto generalizado, se desarrollaron lógicas diferentes en distintas

regiones del país. De acuerdo, hay mucho que rescatar sobre prácticas diferenciadas, participativas, incluso alternativas, agroecológicas, producto de otras sensibilidades y saberes, y de modos de relacionarse que no se replican automáticamente, menos en las circunstancias presentes donde todo parece fallar y los apoyos efectivos escasean.

La problemática rural es hoy día mucho más compleja, y nos cuesta lidiar con esa complejidad, de ahí también los desvaríos, las pulseadas, y las agendas pendientes: cómo enfrentar los necesarios cambios institucionales para que el Estado funcione a favor de una mayoría excluida y crecientemente conciente de sus derechos y compromiso ciudadano?. Y esto en un contexto de mundialización, de la que siempre fuimos marginalmente y significativamente parte, y en tiempos de integración a mercados exigentes y por lo mismo excluyentes, al tiempo que permanece una cultura política autoritaria y oportunista. Si en el pasado reciente, se pudo controlar la movilización campesina con dádivas bajo forma de créditos para algodón o fondos de inversión para contener la pobreza, ante el supuesto fracaso de estas tácticas y no precisamente por culpa de campesinos, como se quiera justificar, hoy parece que el Estado sólo está disponible para criminalizar el descontento y reclamo social.

Poco es lo que se podrá avanzar para destrabar nuestros actuales pa'as, que de coyunturales no tienen mucho, cuando subsisten problemas de identidad (si hasta el presidente del gremio ganadero se pregunta si es terrateniente!), los márgenes de maniobra se estrechan o cuando predomina la preocupación por el equilibrio fiscal y el pago puntual de los intereses de la deuda externa, sin reformas que garanticen un mínimo de eficacia y de resultados en las políticas y programas sociales, ni directrices claras sobre cómo reorientar la economía y todo esto en función de la gente.

Este es también un tiempo de condensación de contradicciones acumuladas y de vicios arrastrados, el presente se presenta denso y fortuito, mientras van cayendo los velos de la desinformación, del doble discurso y de las ilusiones ingenuas.

Ya no existe un único camino inexorable determinado por la historia, y las válvulas de escape no son lo que eran, el campesino no desaparecerá aunque disminuya en términos porcentuales, siguen multiplicándose en términos absolutos, sus líderes no son “supuestos” ni operan en la clandestinidad, mal que bien representan a sus bases, tienen sus problemas y quien no, pero a su manera y contra viento y marea van ganando terreno en eso de construir una democracia participativa, bajo presión, no queda de otra.

Y a modo de conclusión, una pregunta de rigor: ¿será que está la sociedad envolvente preparada para afrontar los desafíos que la modernidad y el crecimiento concentrador y excluyente plantean al tiempo que emerge una ciudadanía renovada, con nuevos valores e inquietudes y propuestas. Finalmente, como dice el paí Melia la problemática indígena es por cierto la de los no indígenas, son ellos los problemáticos. Si esto se asume como tal, pues habrá que seguir luchando y aportando para encontrar las soluciones adecuadas a nuestros variados males.